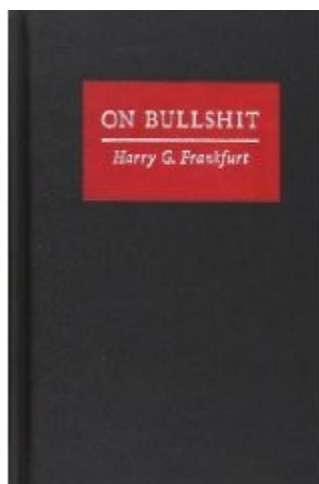


# La abrumadora proliferación de patrañas

Giancarlo Livraghi – octubre 2012  
traducción castellana de Rudy Alvarado

No es fácil traducir al español la palabra *bullshit* (e incluso definirla en inglés). Elijo “patraña” porque es simple (sin llegar a ser “escatológica”). Como quiera que se le llame, lo cierto es que el problema existe y nos desborda por todos lados. Es similar a la plaga que he descrito en *Ingormación* (<http://gandalf.it/estupidez/ingormac.pdf>) pero no es lo mismo.

Lo que me ofrece la oportunidad de tratar el tema es un pequeño y elegante libro publicado por *Princeton University Press* en 2005.



Se trata de un ensayo psicológico escrito en 1986, pero del que recién ahora descubro la existencia, gracias a un atento lector de *El poder de la estupidez*.

Como bibliófilo, me encanta tener esta hermosa edicioncita. Desafortunadamente, es un libro pesado, académico, verboso y de lectura fatigosa – en breve, aburrido. Pero hay algunos conceptos interesantes.

El profesor Harry G. Frankfurt explica que *bullshit* puede ser una impostura, pero no siempre una falsedad. Una idea que originalmente era razonable puede llegar a ser absurda cuando (como sucede a menudo) se extiende ligeramente hacia un contexto impropio o superficialmente generalizado. El *bullshit* puede ser intencional o inconsciente. En general, se concibe con la intención de engañar. Pero puede ser confundido por error. A menudo es disfraz, identidad falsa.

El profesor Frankfurt señala que el *bullshitting* puede ser “sincero” – porque alguien cree que es lo que no lo es. O bien, quiero añadir, porque cree que sabe lo que no sabe.

Sin embargo, la inagotable invasión del *bullshit* es una enfermedad tan propagada y subestimada como el poder de la estupidez. Ambas son sumamente peligrosas, aunque de diferentes maneras.

Un multiplicador de *bullshit* es el descuido con consentimiento. Pensar es fatigoso. Es mucho más fácil hacerse a las opiniones de los demás.

En un clásico de la literatura italiana, Alessandro Manzoni dijo: «*el buen sentido existía, pero estaba escondido, por miedo del sentido común*».

Las llamadas “leyendas urbanas” muestran cómo grotescas tonterías puedan parecer verdades indiscutibles cuando se repiten con suficiente frecuencia. (De hecho, algunas fueron inventadas a propósito para verificar su absurda e incontrolada difusión).

Un alimento del *bullshit* es el prejuicio. Lo que se adapta a nuestros hábitos y opiniones parece tranquilizador. Lo que no lo hace, es preocupante.

Para mantener la mente abierta y alerta tenemos que pensar dos veces antes de que estemos de acuerdo con todo lo que superficialmente “suena bien”, y prestar atención a lo que “suena extraño”.

Cuando encontramos confirmaciones claras, es útil saber que no estamos equivocados, pero es todavía más interesante encontrar nuevos estímulos para un inesperado cambio de perspectiva.

Así lo explicaba Isaac Asimov. «*La frase más emocionante de la ciencia, la que anuncia nuevos descubrimientos, no es “jeureka!”, sino “eso es raro”*». Casi todos los avances científicos más importantes parecían desconcertantes antes de ser aceptados como acontecimientos fundamentales.

Al igual que de la estupidez, reírse del *bullshit* no es una solución. Ridículo o no, es peligrosamente generalizado – en todo tipo de actitud y comportamiento, no sólo en palabras.

Puede ser chisme mezquino o una solemnidad pomposa, en voz alta o baja, suave o violento, con ingenuidad superficial o arrogancia seudocientífica. En todas las formas o disfraces, siempre es tóxico.

En lugar de buscar una innecesaria y complicada definición teórica de *bullshit*, es importante entender que en la práctica hay demasiado de esa basura – y que es muy peligrosa. Sucede con impresionante frecuencia que se aceptan (y se repiten sin verificar) fantasías extrañas y mentiras descaradas, mientras cosas mucho más interesantes se descartan como tonterías o se ignoran como si fueran inútiles detalles.

No existe una fórmula mágica para eliminar totalmente esa enfermedad. Pero para distinguir lo razonable de lo absurdo a menudo basta un poco de atención y duda, con una adecuada cantidad de desconfianza y una fuerte dosis de buen sentido.